



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# "A PROPOSITO DE LA FUNCION DE LA INTELIGENCIA EN LAS MODERNAS PSICOLOGIAS DE LA CONDUCTA"

---

Por el Dr. AQUILINO M. POLAINO LORENTE

Profesor Adjunto de la Cátedra de Psiquiatría de Sevilla

La orquestación científica que hoy nos envuelve, lleva consigo la acuñación de una terminología nueva, que por la misma velocidad vertiginosa con que se está desarrollando, pudiera muy bien el observador poco avezado admitirla en un haz de significaciones superficiales, desprovisto de todo enjuiciamiento crítico. Y como de otra parte, la difusión osmótica entre el mundo de la ciencia y el de la divulgación, es tan importante —los medios de comunicación social están haciendo del mundo de hoy una "aldea global", como ha dicho algún autor contemporáneo— no es infrecuente que la terminología científica rebase muchas veces sus propias fronteras y atravesase la barrera cultural, siendo luego voceada por el hombre de la calle que no repara en su significación más íntima y profunda .

Algo de esto es lo que está sucediendo con el concepto de comportamiento humano. Su explicación se está llevando a cabo sin tener en cuenta las innatas y sustanciales referencias que la conducta humana tiene respecto de la inteligencia y de las tendencias. Igual-

mente se ignora o silencia el papel de la afectividad y de la voluntad en la constitución de esa conducta humana. A ello se añade el hecho de que en el hombre no todas sus acciones son razonables. Un gran sector de aquellas se deben al empuje de las fuerzas tendenciales, las cuales parecen emancipadas de toda directriz racional.

Parece interesante, por ello, señalar aquí las relaciones más o menos estrechas entre tendencias e inteligencia, en el hombre, lo cual permitirá establecer el criterio de qué es una verdadera actuación humana, y qué cosas pudieran calificarse de formas de conducta que revelan una desintegración personal.

Suele ocurrir entre la vida y el pensamiento humano, un cierto acento de dispersión, según el cual unas veces uno se subordina al otro o viceversa. Es raro observar un proceso vital unitario en el que ambas parcelas cabalgan juntas y en la misma dirección. Ante esta amenaza, no es extraño observar, una serie de conductas desintegradas en las que la inteligencia no ocupa el lugar preeminente a que está llamada. Y cuando la

inteligencia no es la rectora de aquellas operaciones, se venga poniéndose al servicio de las tendencias —y justificando así la desintegración de la conducta— con lo que no produce la ordenación de la conducta a un fin .

Hablar de tendencias supone desde un principio explicar su diferenciación con respecto a los instintos. Estos han quedado vinculados más bien dentro del área de la psicología animal. Por motivación (1), pudiera entenderse a aquel proceso dinámico que está en la base de la conducta. Expresa por tanto una forma particular de motivación. Podría caracterizarse en una primera aproximación, como una fuerza impulsadora que naciendo de un estado de carencia o necesidad, pone en marcha la vida anímica, dirigiéndola a la realización de sus posibilidades, tales como la reproducción de la especie, el desarrollo del ser, la conservación del individuo concreto, etc.

Está claro pues que las tendencias impulsan al sujeto a la acción, estableciendo de este modo alguna y particular forma de relación con el mundo.

De este modo el individuo las experimenta como un cierto movimiento anterior a cualquier raciocinio, según el cual se siente empujado, impelido. De aquí su naturaleza pática y la situación de equilibrio en tensión tendente a ser reafirmado en su satisfacción. La tensión sólo quedará satisfecha o compensada en el momento en que el sujeto se pone en marcha mediante una acción orientada hacia la conquista del objeti-

---

(1) La terminología hoy empleada es múltiple y confusa. Aunque es difícil conseguir una homologación terminológica, conviene advertir al lector de que existen un sin fin de términos que al menos parcialmente se emplean bajo el mismo contenido tales como: impulso, pulsión, tendencia, motivo, instinto, necesidad, etc.

vo, que representaba el contenido de la tendencia. Otro modo de aumentar el equilibrio y disolver la tensión sería la toma de posición ante el movimiento tendencial experimentado y su enfrentamiento con él.

Puede afirmarse, que la tendencia orienta la psique de este modo, hacia la selectividad de algunos de los objetos del mundo, encaminando así la conducta en una dirección determinada.

Ahora bien, los animales también están sujetos a las particularidades de sus tendencias. Pero siempre pueden encontrarse entre las de ellos y las del hombre distinciones bastantes significativas. En concreto vamos a reducirnos a las que parecen sustanciales:

1. En los animales:

- a) La naturaleza de las tendencias son instintivas, lo cual señala la determinación de las mismas, como una especial forma de fijación de la conducta ante la aparición del estímulo en el horizonte rutinario y siempre igual del animal. La dotación instintiva animal, se presenta así como un esquema de acción fijo, aunque finalista —en sentido biológico— en tanto que ellos le permiten adecuar su conducta al modo de sobrevivir y desarrollarse, siempre en relación con el medio ambiente en que se encuentran. Toda esta situación no invalida el hecho de que existan animales superiores cuyo nivel de adaptación a nuevas circunstancias, signifique un cierto tipo de aprendizaje según el cual se operan nuevas respuestas de orden muy diverso que satisfacen aquel impulso primero. Aunque hemos empleado el término de aprendizaje, no lo es en la misma propiedad que cuando lo aplicamos al hombre. Ello, primordialmente porque el animal por muy superior que sea no puede prever —y en cierto modo predecir— su comportamiento proyectado en el futuro. Además su nueva respuesta no es susceptible de

comparación con la primitiva. Y sobre todo, porque su falta de conciencia, le lleva a no tomar un conocimiento de ninguna clase, por lo que en verdad no se encuentra en la realidad del mundo.

b) Otra característica de las tendencias animales es su imposibilidad de organización en ausencia del estado de necesidad que constituye la base de la tendencia. De aquí su esclavitud frente al mundo y al hoy y ahora, que de algún modo le inclina a actuar de un modo necesario frente a lo insatisfactorio de la situación presente que experimenta.

c) Una última diferenciación sustancial reside en el hecho de la ligazón íntima existente entre las tendencias animales y su base biológica. Casi todos los patrones de conducta animal están ya determinados en esquemas biológicos esculpidos en su misma naturaleza. Estos esquemas están regidos por estructuras neuroendocrinas, de las cuales es casi imposible zafarse.

## 2. En el hombre:

a) En el hombre se establece una conexión bastante estrecha entre la naturaleza heredada y la adquirida en el escenario cultural en que se mueve. Su comportamiento innato es atrófico y casi inexistente en relación con el comportamiento aprendido. De aquí su mayor apertura ante lo mundano, apoyada ésta en una mayor plasticidad de sus tendencias, lo que permite consecuentemente formas muy variadas de relacionarse con el mundo. La apertura amplísima hacia su articulación mundana se estrecha en elecciones determinadas por proyectos personales que responden a necesidades vitales. Por esto el hombre puede tener un mundo y a pesar de sus tendencias —algunas impresas también en su biología— pueden metatranscribirse éstas, adecuándolas a una realidad que puede resultar así conocida. El modo además de satisfacer estas ten-

dencias exige de una elaboración, que casi siempre acaba siendo personal —incluso a pesar de partir de un cierto aprendizaje—, y que necesita de una elaboración serena y paciente en la que está comprometido todo el eje de la temporalidad.

b) Las necesidades tampoco actúan aquí a través de una instintividad pura, y simple, que pudiera sufrir la adjetivación de casi un reflejo biológico.

Al integrarse la necesidad, con la vida de la inteligencia, aquella ya no es idéntica a sí misma, sino que pierde su individualidad y ahora queda asumida en la globalidad de lo humano, alumbrado de lo racional. La necesidad humana es siempre más rica que la pura experimentación subjetiva. Trasciende a sí misma en tanto que puede ser memorizada, sentida, conocida, explicada, planificada, etc.; todo lo cual le permite hacerse presente en el horizonte existencial personal, aún cuando la necesidad se experimente como ausente. Tan es así, que la conducta queda configurada y ordenada, no pocas veces en función de aquéllas, cuando objetivamente aún no se han asomado a la existencia real (de aquí que el hombre pueda prometer). Ello permitirá al hombre una cierta selectividad: las de los contenidos del medio, la del momento preciso y el tiempo oportuno. Hasta tal punto que estas articulaciones que son sus intercambios con el mundo a través de su conducta, serán susceptibles de hacerse estables e incluso institucionalizarse.

Incluso, aunque descendamos al plano más estrictamente biológico —el de la satisfacción de necesidades biológicas, que en el hombre nunca son biológicamente puras, puesto que están espiritualizadas, así como el espíritu está encarnado y vitalizado, y no existen propiamente en separación, aunque por el modo imperfecto de nuestro conocimiento

así lo expresemos— la conducta humana y la animal se organizan, desarrollan y operan de muy distinta forma. (Piense el lector en todo el arte culinario, o en las industrias de hostelería, que aún estando adscritas y en función del instinto alimentario, nunca podrán encontrar homologación en la especie animal más superior).

c) En el hombre, además existe el nivel de la significación y de la intencionalidad, que tienen también sus necesidades específicas, no estrictamente biológicas. La flexibilidad y maleabilidad de éstas no son conocidas. Su variabilidad y sutileza a todo lo ancho de la especie humana nos muestran el marco en que hemos de entender las necesidades humanas. Toda la existencia humana en algunos casos está trenzada de esta especial clase de necesidades. Sin este dato la interpretación y comprensión de la existencia del hombre parece imposibilitada desde su base. Ocurre además, que estas necesidades al estar menos religadas al plano biológico se ensombrecen antes en el curso de la vida que las estrictamente biológicas. De aquí su mayor participación en el carácter integrador de la totalidad de la vida y el que estén más adscritas al plano psicológico. Incluso me atrevería a decir, que desde el puesto configurador que ocupan tienen una más dilatada e importante significación en orden al existir humano.

De la reflexión atenta de cuanto hemos dicho hasta aquí podemos concluir dos notas sustanciales:

1. Los aparentes rasgos comunes entre las motivaciones y necesidades animales y humanas son sólo aparentes. El salto cualitativo operado entre una especie y otra es tan diferenciador, que conviene desde ya hablar —incluso sería preferible emplear la terminología apuntada de instintos y tendencias—, de

dos muy diversos modos de entender, explicar y satisfacer esas necesidades.

2. Entre el espectro amplio de todas las tendencias, siempre se encuentran algunas, que en el hombre son muy abundantes, exclusivas y específicas de la naturaleza humana. De aquí que las naturalezas humanas y animales tengan que admitirse como distintas, así como el corolario de que por tanto, lo que es natural al hombre no lo es al animal y viceversa.

Hasta aquí hemos venido desarrollando, un esbozo de aproximación a lo que sean las tendencias. Es ya lugar de estudiar como se articulan aquellas y la conducta. Pero nos encontramos que al tratar de explicar dicha conexión tropezamos con un sin fin de esquemas en los que es fácil atascarse y hurtarle al hombre su realidad.

Para algunos autores —Freud entre ellos— la articulación entre conducta y tendencias se daría según un estímulo extrínseco al sujeto o intrínseco a él, que operaría sobre el sujeto incrementando su energía, con lo que rompería el equilibrio precario del organismo, cuya consecuencia sería producir una tensión, que reclama para sí ser satisfecha, mediante una descarga de energía que ahora deviene en conducta. De este modo el estímulo es necesariamente vinculativo, puesto que determina una respuesta. Dicho sea de paso, tanto el estímulo, como la respuesta, de alguna manera son ajenos al hombre que actúa solo de intermediario, y en consecuencia su comportamiento no puede ni debe en justicia ser propio de él, hasta el extremo de que asuma su responsabilidad con una cierta competencia. No es necesario añadir, que la libertad aquí es negada. Dicho esquema apriorístico y subjetivista responde en cierto modo a un tipo de pensamiento teorético que pudiéramos llamar materialista y mecanicista. Para otros —ahora por la fron-

tera minimizadora de la biología— se trata de justificar el comportamiento superponiendo y haciendo coincidir la tesis de la regulación homeostática del organismo, a la provincia psicológica. Esta especial clase de trasplante estructural para explicar la realidad, olvida de la distinta cualidad de una y otra área, aunque ambas se den unidas y entregadas en la vida humana. La conducta sería así la resultante final de los principios homeostáticos de Cannon, según los cuales, su intencionalidad es la de restablecer las constantes del organismo, aunque este sea psicológico.

En ambas someras explicaciones se esconde un núcleo esencial en el cual son constituidas. Se trata de atribuir una particular significación operativa a las vivencias de placer y desagrado. Según éstas el restablecimiento del equilibrio a costa del apaciguamiento de la tensión, sería vivenciado por el hombre como placentero. Por el contrario, todo lo que contribuya a aumentar el desequilibrio y la tensión son existenciadas como desagradables.

Estas explicaciones han sido objeto de crítica por algunos autores. Se ha dicho, por ejemplo, que tales esquemas no dan cuenta de todos los comportamientos animales. Desde el punto de vista de la psicología humana, la reducción de la tensión y de la homeostasis no explican los comportamientos más centrales y permanentes. Puede hacerse la observación de que la satisfacción de bastantes de las necesidades humanas exigen conductas que suponen exactamente lo contrario a éstas hipótesis, tales como el dolor, la fatiga, etc. Tal ocurre, por citar algunos ejemplos, en los niños pequeños (en que su constitución primitiva facilitaría el cumplimiento de estas hipótesis) cuando aprenden a andar, o cuando comienzan los primeros intentos de ponerse en pie.

Además, en muchos casos comunes a

nuestra experiencia, observamos cómo el hombre no intenta reducir sus tensiones, sino que contrariamente pretende aumentarlas. Múltiples ejemplos encontramos en el joven e incluso en el adulto sano que busca nuevos intereses más allá del nivel básico perseguido por la conservación de la homeostasis.

Y es que el hombre se nos aparece siempre como el eterno ser insatisfecho. En el fondo de estas tesis subyace un intento de cimentar el ser del hombre exclusivamente en vivencias de su corporalidad, que serían psicologizadas falsamente —como tendremos ocasión de demostrar en otro futuro trabajo sobre la corporalidad— al reclamar para sí un puesto rector dentro de la estratificación personal.

La inmensa mayoría de los hombres desean tener nuevas experiencias y conocimientos, y esto a pesar de todos los riesgos, esfuerzos y responsabilidades —no precisamente placenteras— que implican.

Resulta difícil, además, explicar las insatisfacciones humanas dentro del solo orden cognoscitivo. Aunque incluso —en un afán de hacerlo todo biológico: “biologismo cientista”— se ha llegado a hablar de un “instinto epistemológico”.

Por último, parece oportuno recordar aquí, que la satisfacción de una necesidad en el hombre, casi siempre va seguida de la creación de otra nueva, acaso más difícil de realizar.

Estas consecuencias son las de aquellos sistemas psicológicos reduccionistas, en nuestra opinión, que contemplan al hombre desde una perspectiva metodológica, desde la cual inevitablemente resulta imposibilitada la aprehensión del hombre en su plinitud, es decir, con unos horizontes trascendentes que le rebasan, y a los cuales debe su grandeza, y la posibilidad incluso de su humanidad

Si partimos de la realidad humana, en su condición de ser libre y en su

dimensión de ser para el "Otro" por medio del conocimiento y del amor entregado, estos esquemas mecanicistas manifiestan su inconsistencia, hasta el extremo de su inviabilidad incluso como meras hipótesis teorizantes.

Existen otro grupo de psicólogos, que pudiéramos llamar de orientación personalista —aunque dentro de ellos la variabilidad de sus hipótesis es una constante— que observando la realidad desde los campos más dispares (psicología experimental, diferencial, genética, clínica, y de la personalidad) alcanzan a coincidir en los núcleos esenciales explicadores de la dinámica establecida entre tendencias y conductas, y que por supuesto simultáneamente contradicen los anteriores supuestos mecanicistas.

Superando la contradicción —límite de considerar al hombre como un ser meramente reactivo, o como la de un modelo energético en el que se despliega la conducta, o acaso como un afectador de las motivaciones imperiosas y deterministas— son capaces de explicitar el comportamiento humano en su condición corpórea y psíquica (Nuttin), o incluso manifestar abiertamente que el hombre trasciende la pura realidad material, como lo ha afirmado Allport, entre otros.

Admite a este fin, tres notas esenciales en la motivación, para que ésta pueda ser auténticamente humana: La contemporaneidad (la motivación como motor de la conducta no puede ser algo pasado, sino activo en el momento presente); el pluralismo (las motivaciones son siempre de muy diverso tipo, como ocurre en los procesos cognoscitivos —planeamiento, intención— que tienen una fuerza dinámica propia), y que esa pluralidad se reconozca compatible con la unicidad de las motivaciones (con el carácter altamente concreto de la motivación, que se da en la conducta real).

También el mismo Nuttin escribe: "Podemos concebir el aspecto dinámico de

la personalidad —es decir, la base de sus necesidades y motivaciones— en relación con su misma estructura bipolar. Puesto que el organismo y la personalidad se constituyen en función de una inserción en el mundo, *tienen necesidad* de establecer y mantener algunos tipos de interacción con ese mundo, es decir, que su actividad y su conducta tienden necesariamente a una u otra forma de realización de estos tipos de interacciones indispensables". Es decir, la realización de una determinada conducta no disuelve la necesidad, sino que insertándose en ella, la potencia.

Aunque estas teorías ponen fuera de juego a las explicaciones mecanicistas, tampoco son completas en sí mismas. Siguiendo a Nuttin se podría concluir que toda la dinámica motivacional se resuelve en la interacción hombre - mundo, cuando la realidad —el Otro también constituye la realidad, es decir, la constituye primariamente y en el grado más absoluto— del hombre es la de un ser que tiende al Otro, y cuyas operaciones en el mundo pueden ser mejor comprendidas si se piensa en el radical grado de realidad existencial que tiene esta relación constituyente incluso de su propio destino.

Para que la acción del hombre tenga sentido, el mundo que es el escenario en donde aquel actúa, debe igualmente ser entendido en su dependencia del Otro. Como escribiera López Ibor, "el sentido de la vida no hay que preguntárselo a la ciencia, a la filosofía, al espacio estelar, sino al infinito no espacial que uno lleva en su interior".

Otra cuestión de gran importancia, y a la que algunos autores han desatendido, tal vez para intentar recabar para su hipótesis acerca de la conducta humana un mayor grado de persuasión es la significación de la inteligencia en el conjunto de la vida humana.

En otras ocasiones han llegado a de-

finir la inteligencia de tal forma que resulte coherente con el resto de sus hipótesis conductistas. Así el término inteligencia ha sido puesto frecuentemente en relación con la capacidad de obtener un determinado rendimiento en la conducta. Otras veces es definida como la capacidad de orientarse y resolver situaciones no habituales, o como la capacidad de utilizar formas de conducta no innata, o formas que no se hayan obtenido por pura experiencia de ensayo y error.

Sin embargo, como en el hombre esta capacidad descansa sobre el pensamiento, inteligencia se emplea también como sinónimo de capacidad de pensamiento, sentido este último en que nosotros emplearemos aquí el término de inteligencia. La inteligencia en cuanto pensamiento (que nunca podrá ser un ingrediente más de la conducta) no se agota en la solución de problemas prácticos, en la adaptación inteligente al medio. El pensamiento es también capaz de captar el sentido, la finalidad; y no sólo de aspectos particulares, sino también generales, globales. En resumen, la inteligencia es capaz de aprehender la verdad, de entender la constitución objetiva de la realidad.

Conviene además distinguir entre lo que pudiéramos llamar inteligencia fáctica o funcional, de la otra inteligencia noética o ratio. La inteligencia fáctica es la función del pensamiento que lleva a una comprensión del mundo material, de modo que se haga posible manipular sus fuerzas y orientarlas al provecho del hombre. Aristóteles la llamaba poética, y algunos psicólogos actuales, función intelectual.

En los ámbitos culturales en los que está vigente una concepción relativista y utilitarista de la verdad y del hombre, se tiende a identificar el pensamiento con esa función de la inteligencia. Pensar sería solo un acaecer especí-

fico, que se produce cuando el hombre no se encuentra ajustado a la situación que ocupa en el mundo; sería hacerse cargo de una situación problemática o conflictiva, y disponer los acontecimientos en la dirección más satisfactoria o más útil.

Así la inteligencia queda degradada y disminuida sólo a la dimensión de "inteligencia funcional", útil solo para encontrar soluciones a los problemas periféricos, y absolutamente insuficiente para sobrepasar y trascender la comprensión de lo nuclear del ser.

Una contemplación de los hechos, libre de apriorismos, descubre, sin embargo, otras funciones del pensamiento y, sobre todo, la función noética. El pensamiento puede, en efecto, aplicarse a la contemplación de lo real en una situación en la que no existe desajuste ni conflicto, ni se buscan intereses utilitarios. El pensamiento trata de entender, de leer dentro (intus-legere), independientemente de que esa actividad pueda servir o no para la solución noética, que Lersch llama espiritual. Incluso la función fáctica perdería su sentido si no estuviera iluminada por la comprensión de la finalidad básica de la vida a la que la función fáctica se ordena. La desvinculación entre pensamiento fáctico y noético es una de las causas de que el desarrollo técnico pueda llegar a presentar formas aberrantes.

Cuando el hombre se enfrenta críticamente con la pregunta de su finalidad y llega a comprender la auténtica jerarquía de fines que deben ordenar su vida, siendo a la vez capaz de situar la actividad técnica en su puesto justo.

Parece claro, pues, que la inteligencia poética —y sobre todo noética— sea propia del hombre. Sólo en algunos animales superiores puede verse un cierto grado de inteligencia poética o de or-



ganización de mecanismos de adaptación. De aquí que resulte preciso preguntarse si el pensamiento tiene alguna función en la orientación dinámica de la conducta humana. Pero, para responder a esta cuestión resulta necesario considerar, en primer lugar, cuáles sean las fuerzas que ponen en marcha la conducta.

Para conocer cuáles son las funciones de las tendencias y de la inteligencia en la dirección de la conducta, es necesario examinar antes las distintas posiciones teóricas, ya que la observación de los hechos es, con frecuencia, encuadrada en un planteamiento previo. El experimento —cualquiera que sea— a observar, resulta así casi siempre, injertado en el cuadro vacío de una concepción teórica, personal y apriorística.

Un error, a este respecto, cuna de dos vertientes contradictorias, resulta de considerar a las tendencias y a la inteligencia como fuerzas antagónicas. Cuando prevalece la vertiente de la inteligencia se habla de "intelectualismo" o "racionalismo". Si prevalecen las tendencias, se hablaría de "irracionalismo". En realidad, pocos admiten que deba darse una prevalencia completa de las tendencias o de la inteligencia. A poco que se observa la realidad, se advierte que, en cualquier caso, tendencias e inteligencia permanecen siempre.

Otra postura errónea sería la de considerar que la tendencia marca la pauta en cuanto a la configuración y a la dirección de la vida, a la que se le subordinaría instrumentalmente la inteligencia, que vendría a suponer la realización de una mejora en la facticidad de las finalidades tendenciales. Este supuesto teórico es sostenido por autores que proceden de distintos campos científicos (Schopenhauer, Darwin, Mac Dougall, Freud, etc.), con una orientación más o menos marcadamen-

te irracionalista. El volumen de su influencia se puede medir en cuanto que es uno de los supuestos de la concepción psicoanalítica clásica. Sin embargo, se puede observar también que en alguna de las últimas obras de Freud se habla de la emergencia continua de la inteligencia, que aparece tarde o temprano como factor de unificación, de interpretación y de sentido.

Finalmente, conviene analizar la postura de quienes observan que las tendencias y la inteligencia actúan como factores que se ordenan a la realización de la conducta personal.

Esta postura no es la opuesta a la anterior. No significa que las tendencias sean los medios para la realización de los fines de la inteligencia. En realidad, el pensamiento no dirige la vida de espaldas a las fuerzas tendenciales, pero tampoco las tendencias pueden impulsar adecuadamente la vida humana sin la orientación de la inteligencia. Para mayor claridad de lo expuesto nos permitimos la libertad de enumerar las siguientes consideraciones:

1.—La racionalidad en sí misma no mueve a actuar: la conducta es la orientada a un fin; y esa finalidad viene dada espontáneamente por los impulsos tendenciales o intencionalmente por la voluntad.

2.—La intención, el propósito —que es la forma de motivación más propiamente humana— puede decirse que es intelecto apetitivo o apetito racional, o la tendencia a un fin que se conoce como tal. El intelecto proporciona ese conocimiento; la voluntad proporciona la inclinación que sigue. Por la voluntad el hombre puede adoptar ante sus tendencias una actitud afirmativa; pero una afirmación de las tendencias presupone haber tenido antes la posibilidad de negarlas, es decir, haber gozado y gozar de la libertad de decisión. No es preciso afirmar que el hombre ha

de actuar en contra de sus tendencias; lo que no se puede negar es que es libre ante ellas, al menos ante las que no están predeterminadas por insoslayables exigencias fisiológicas (hambre, sed, descanso, etc.)

3.—El hombre frente a sus tendencias, puede decir que no; y no tiene necesidad natural (salvo en las pocas tendencias indispensables para la conservación de la vida) de decir siempre que sí. Cuando el hombre afirma sus tendencias, es que ha habido antes una previa identificación con ellas. En esto se diferencia del animal, que es idéntico a sus instintos. El animal está dominado por sus tendencias; el hombre puede dominarlas.

4.—La motivación de una conducta puede proceder de un propósito exclusivamente voluntario. En la mayoría de las conductas, sin embargo, se dan componentes voluntarios y tendenciales que se fusionan en una única motivación concreta. Es tan perjudicial para una recta comprensión de la conducta perder de vista esta unidad, como no tener en cuenta la distinción entre factores tendenciales y voluntarios.

5.—La dirección racional de la conducta exige una propuesta y realización de finalidades, y que la diversidad de impulsos tendenciales se unifiquen según una jerarquía de fines que las ordene y armonice.

6.—El equilibrio psicológico —y ello conviene ser tenido en cuenta a la hora de aproximarse definitivamente al concepto de higiene mental— exige esta unidad formal y postula a la vez la exigencia de encontrar cuál es la real jerarquía de fines que corresponden a la naturaleza humana, y más concretamente cuál sea el fin radical que está en el vértice de esta jerarquía.

7.—Para garantizar la perfección personal, moral, etc., no es suficiente que la conducta esté unificada por una cier-

ta filosofía de la vida, sino que es preciso que esa concepción sea la verdadera, y responda a la realidad de la condición humana. Pues la finalidad no se la da a sí mismo, sino que le es dada, no para que la cumpla necesariamente, sino para que la realice libremente. Si el hombre no se da su existencia, tampoco se da su finalidad: ambas son operadas por el Otro.

Estas consideraciones que acabamos de apuntar tienen su correlato en una serie de datos aportados por la psicología científica a los que ahora nos referimos:

1. Existen necesidades de carácter cognoscitivo, que no pueden considerarse secundarias, es decir derivadas de otras de orden biológico. Entre ellas, la necesidad de exploración, de comprensión total, de terminar una tarea.

2. Rasgos cognoscitivos se dan también en las motivaciones fisiológicas más primordiales. La psicología clínica y la psicología experimental han descubierto un conjunto de hechos que ponen de manifiesto como en las motivaciones del hombre adulto rara vez se puede detectar una sola componente, sino que en la motivación concreta suele darse la fusión de elementos cognitivos y conativos, formando un impulsor integral. Nuttin llega a afirmar que "las funciones cognitivas y conativas no son más que dos aspectos o dos manifestaciones de una actividad psíquica funcionalmente única".

3. Las fuerzas tendenciales tienen objetivos propios que con frecuencia presentan direcciones divergentes (situaciones conflictivas). Por ejemplo, la tendencia a la actividad y la tendencia a la comunidad; la primera puede exigir soluciones nomadistas; la segunda, soluciones sedentarias. Los conflictos son resueltos en la medida en la que el sujeto se decide por la realización de la tendencia que ve más de acuerdo con

su proyecto personal de vida. De ahí que, en rigor no deba decirse que un impulso se ha satisfecho o frustrado; quien queda satisfecha o frustrada es la persona.

4. Teniendo en cuenta la amplia gama de tendencias, a las que hay que sumar otras muchas componentes de la personalidad, puede decirse que la satisfacción inmediata del impulso de una sola tendencia —sin que medie una toma de posición frente a ella y una libre decisión— es un empobrecimiento de la persona. Y ello, en primer lugar por la condición comprometedora del conocimiento en el hombre, y en segundo lugar, porque la deliberación entre finalidades diversas, es casi siempre la consecuencia real de estar operándose en base a la libertad.

5. Las observaciones anteriores serían válidas si sólo existiesen esas componentes. Sin embargo, para una comprensión más profunda de la conducta humana es preciso trascender los límites metodológicos que marca la psicología reduccionista, y ponerse la cuestión ética de cuál ha de ser el contenido de ese proyecto personal de vida, y aun ir más allá del plano ético para plantearse la misma pregunta a la luz de los datos proporcionados por la fe cristiana.

La unidad de naturaleza de todos los hombres y su último fin constituyen el fundamento ontológico en el que debe apoyarse toda la realización de la persona. Sobre esta base puede edificarse una multiplicidad de opciones, entre las que cada sujeto ha de encontrar aquella que corresponde a su destino personal. He aquí una base sólida sobre la que la psicología deberá siempre construir su imagen del hombre.

6. Es característico de los impulsos instintivos (en el animal) que el sujeto se sienta arrastrado por ellos. Hay motivaciones humanas que presentan rasgos semejantes; pero la mayoría ofrece

una característica diversa: el sujeto es el que impulsa activamente su conducta, la tendencia es integrada en la intención. En este sentido Frankl afirma que la aparición de una tendencia al desnudo, en forma desligada, tiene una significación semejante a la aparición de un hueso en el exterior: algo en el hombre está herido. Y es semejante también a los comportamientos obsesivos, o en el ámbito social, al comportamiento fanático.

7. No todas las motivaciones del sujeto son igualmente centrales y permanentes. Las más centrales y estables son las que se refieren a la realidad de la persona, lo mismo que a lo que es su consecuencia: sus propósitos o intenciones fundamentales. El grado de centralidad de los motivos viene dado por su conexión con la relación hombre-Dios (en la cual el hombre, el sí-mismo —self— tiene una realidad distinta, pero de total dependencia).

Sólo así se logra una realización de todo-el-hombre y de todo-en-el hombre; como tal, implica vinculación y responsabilidad respecto a un proyecto de vida. La persona integra las tendencias y, al mismo tiempo, las trasciende. Una permanencia en el horizonte tendencial implica un fracaso en la realización como persona.

La unidad de la personalidad se hace posible, por tanto, en la medida que se estudia dentro de una realidad ontológica y, después, los factores tendenciales son integrados en un esquema de conducta, a la vez flexible y estable. El fondo tendencial contribuye propiamente a la riqueza de variaciones y de matices.

La ausencia de estas consideraciones justificarían en algún grado algunas de las características comunes y relativamente frecuentes en los fenómenos de las conductas humanas, tales como la

variabilidad o aceleración al cambio, la antipatía hacia la permanencia de reglas normativas, la desvinculación de valores obligantes, etc

A veces, las actitudes que generan esos fenómenos son racionalizadas y presentadas como una nueva moral, aun en ciernes. De aquí la crisis de la psicología actual, como ciencia que muda su rostro, reclamando para sí el puesto —mediante una falaz transformación— de una ética, en la que estarían implicados un buen abanico de prejuicios psicológicos.

En otras ocasiones, hay una racionalización implícita, una simplificación de la ética: tomar, como norma, lo primordial y originario en el hombre.

No es casualidad que, en este camino, se pretenda revalorizar las tendencias primordiales (instintos). La vida o el trabajo son extendidos como juego; la busca de la variación en los objetos de placer es un fin en sí; la existencia es vista como la colección indefinida de experiencias diversas (sexuales, de las drogas, de la velocidad)... Son aspectos de un mismo fenómeno en el que —con el nombre de vuelta a lo natural— se vuelve a una parte limitada de la naturaleza humana a las tendencias instintivas.

Una vida humana adulta que se mueva sólo al nivel de las tendencias primordiales no es posible. La vida humana no puede renunciar, entre otras cosas, al uso de la inteligencia. Lo que sucede es que la inteligencia, en estos fenómenos, es puesta al servicio del desarrollo de las tendencias; es más, sólo de algunas de las más inmediatas y tangibles: la actividad, el goce, lo sexual, la experimentación.

Aisladas esas tendencias del resto de la vida humana, su característico impulso es aceptado como un fatalismo, como una identificación casi catártica con lo profundo natural (de ahí que se pongan de moda algunas religiones orientales,

superficialmente interpretadas en este sentido). Pero el hombre occidental no resiste a la tentación de atribuir a las satisfacciones de esas tendencias un significado ético: esa satisfacción sería el bien. Lo contrario, la represión del bien, sería, por tanto, el mal.

Una vida consecuente hasta el fin con esa actitud lleva de hecho a una degradación, resultado de la represión de las otras componentes específicamente humanas, es decir, de la inteligencia y de la voluntad, en cuanto capaces de conocer y amar lo trascendente. (Véase el magnífico estudio de las Neurosis noogénas de Frankl). Por eso la religión constituye la rebelión del hombre que no quiere ser una bestia, y es tarea de la inteligencia hacer ver como el hombre, no sólo no se agota en la satisfacción de las tendencias vitales primarias, sino que, de no buscar al Otro, se degrada.

La inteligencia puede detectar la importancia de otras tendencias innegables: la necesidad de estimación, de asociación; la tendencia a la solidaridad; el impulso a crear, la generosidad, la entrega en favor de los demás, etc.

La inteligencia puede descubrir el sentido de la vida, y con la voluntad, atraer los impulsos del fondo vital y ponerlos al servicio de empresas o tareas, tanto personales como sociales que trasciendan.

La vocación trascendente del hombre —de la que tiene o puede tener conciencia— da pleno sentido a esta dinámica humana. Se comprende así que la fe cristiana no signifique una abdicación de la inteligencia o una represión de las tendencias; en realidad, inteligencia y tendencias son elevadas a un orden superior, en el que encuentran sentido tanto las realizaciones, como las limitaciones, exigidas éstas por la necesidad de luchar contra la causa que introdujo el desorden en las tendencias humanas.

## CONCLUSIONES

1. La inteligencia no es de una forma inmediata un elemento actuante en la dinámica de la conducta; sin embargo, gracias a la acción de la voluntad cumple una función ordenadora de las fuerzas impulsivas.

El pensamiento y la voluntad gobiernan el comportamiento orientándolo en una determinada dirección —temática existencial—, seleccionando en consecuencia aquellas conductas que sean armónicas con esta temática o impidiendo la realización de aquellas que no le son coherentes.

2. El pensamiento no se opone a las fuerzas instintivo-afectivas: toma postura ante ellas para determinar en qué medida están de acuerdo con la dirección vital-personal del sujeto, para orientar la decisión oportuna. Pero tanto cuando permite su realización como cuando la impide, toma posición ante ellas.
3. Las fuerzas tendenciales no sólo no son enemigas de la razón sino que ésta no cumpliría una función de efectiva orientación de la vida, si actuara de espaldas a los impulsos tendenciales. Su misión será, por tanto, guiar, refrenar e impulsar las tendencias.
4. El sentido y las posibilidades de la vida humana no se realizan con la simple aceptación de los movimientos impulsivos. Precisamente la dig-

nidad de la existencia del hombre reside en no estar determinada unívocamente por los impulsos, sino gozar de libertad frente a ellos, de manera que pueda utilizarlos en la dirección por la que libremente se autodetermina.

5. La integración del pensamiento y la voluntad con las fuerzas instintivo-afectivas no es algo espontáneamente dado, sino que es tarea que debe realizar cada sujeto personalmente.
6. La inteligencia y la voluntad, como facultades espirituales están dirigidas al conocimiento y al amor del Otro: no hay, por tanto, ningún proyecto de vida verdaderamente humano, si no se fundamenta radicalmente ahí.

Por eso, cuando la psicología prescinde de tenerlo presente, sus construcciones sobre las relaciones entre tendencias e inteligencia son siempre insatisfactorias y acaban, en gran parte desconociendo la libertad del hombre, que viene a ser como un producto no ya de las necesidades biológicas, pero sí del ambiente cultural (espiritual en el sentido reduccionista) de su época.

Sólo si el hombre tiene un principio fuera de sí, que le guía —un principio trascendente y absoluto, por encima de la historia— el hombre es capaz de modelar su situación, de vivir verdaderamente como hombre, de hacer la historia.

## BIBLIOGRAFIA

1. Allport, Gordon W.: "Pattern and growth in personality". Holt, Rinehart and Winston, Inc. 1963.
2. Aristóteles: "Ética a Nicómaco".
3. Frankl, Victor E.: "Teoría y terapia de las neurosis". Ed. Gredos, Madrid, 1964.
4. Lersch, Philipp: "La estructura de la personalidad". Ed. Scientia, Barcelona, 1964.
5. Nuttin, Joseph: "Tâche, réussite et échec. Théorie de la conduite humaine". Louvain, Publications Universitaires, 1951.
6. Nuttin, Joseph: "Psychanalyse et conception spiritualiste de l'homme. Une théorie dynamique de la personnalité normale". Louvain, Publications Universitaires. Paris, Librairie philosophique J. Vrin, 1950.
7. Nuttin, Joseph: "La motivation", en Traité de Psychologie Expérimentale, Fasciculae V. PUF, Paris, 1963.
8. Nuttin, Joseph: "Origine et développements des motifs" PUF, Paris, 1959.
9. Pero-Sanz, J. M.: "El conocimiento por connaturalidad". Universidad de Navarra, Pamplona, 1964.
10. Sartain, A. Q., y otros: "Psychology: understandig human behavior". Mc Graw-Hill.
11. Torello, Giambattista: "Psicoanálisis y confesión". Ed. Rialp, Madrid.